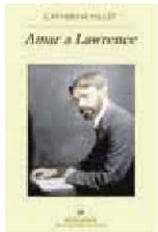


Candor paradisiaco

La exégesis de Millet, tan generosa, sensible y lúcida, convence al lector cómplice de que es tiempo de sumergirse a fondo en el fascinante mundo novelesco de Lawrence

CRÍTICA
JUAN FRANCISCO FERRÉ



AMAR A LAWRENCE

Autora: Catherine Millet.
Editorial: Anagrama.
Páginas: 210.

Si Catherine Millet no hubiera escrito previamente su autobiografía psicosexual no habría sentido, al leer 'El amante de Lady Chatterley', la convulsión íntima que la lleva a escribir este brillante análisis de la obra de su autor, el gran David Herbert Lawrence (1885-1930). Millet se mete desnuda en la cama con el lector, una vez más, para enseñarle no ya la crudeza en directo de su experiencia erótica, ni la intensidad de sus placeres inconfesables, sino el sustrato o el trasfondo de lo que ella piensa del sexo a través de uno de los maestros expresivos de la materia.

Lawrence es uno de los escritores más originales de comienzos del siglo XX. Y lo es en razón de que su narrativa, desde la primera novela hasta la última, y la mayoría de sus relatos y novelas cortas, tuvo el foco siempre puesto en el impacto que la revolución in-

dustrial y la modernización urbana causaron en la existencia humana y en las relaciones conflictivas entre hombres y mujeres, muy singularmente, el modo beligerante en que comenzaron a presentarse en el mundo y a pensarse sin tabúes con respecto al otro sexo.

Este aspecto genesiaco de la literatura de Lawrence no podía conducir sino al escándalo y la prohibición, la circulación clandestina y el conocimiento furtivo, de manera que muchos de sus lectores y la totalidad entusiasta de sus lectoras, desde luego, accedían a sus obras del mismo modo que Constance Chatterley accede a la verdad del sexo, en la más polémica de las novelas de Lawrence, la sublime y obscena al mismo tiempo 'El amante de Lady Chatterley', entregando su cuerpo ardiente al rudo guardabosque Oliver Mellors.

Millet es la destinataria perfecta de la literatura de Lawrence: «Uno de los observatorios más escrupulosos de los comportamientos femeninos de la historia de la literatura». Esta observación metódica se fija un objetivo principal: expresar la insatisfacción femenina y la búsqueda incesante del placer sexual como

experiencia de plenitud. Como autora de 'La vida sexual de Catherine M.', uno de los testimonios más descarados y elocuentes sobre la sexualidad femenina del nuevo siglo, Millet podría fraternizar con la mujer casada que abandona su posición privilegiada para encontrar, en medio del bosque primordial, la desnudez del instinto animal y el placer del cuerpo. Lawrence, según Millet, «sugirió en sus novelas que la evolución del mundo estaba vinculada, no con el cambio del estatus social de las mujeres... sino con la plena consecución de su gozo sexual».

Leyendo relatos como 'Sol' o 'La mujer que se fue a caballo', o una novela emblemática como 'La serpiente emplumada', se comprende que esa conquista del territorio erógeno conduce a menudo a la mujer muy lejos de su cultura, su raza, su país, su religión, sus leyes y su familia, a continentes inexplorados y geografías físicas sin cartografiar, como sus propios deseos, aunque sea para retornar a casa, más sabia, al final de la escapada. Esta identificación sistemática entre la persecución de la libertad carnal de la mujer y el abrazo del extraño, el desclasado, el indígena o el paria, como reconoce Millet, es otro de los perturbadores atractivos de la narrativa de Lawrence.

Al acabar este penetrante libro, la exégesis de Millet, tan generosa, sensible y lúcida, convence al lector cómplice de que es tiempo de sumergirse a fondo en el fascinante mundo novelesco de Lawrence. La hermosa literatura de Lawrence, en su pretensión artística de decirlo todo sin pudor, se vuelve imprescindible en una época como esta donde urge repensar el sexo y las relaciones entre sexos.